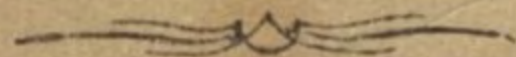


LA
GALLINA BLANCA.

POEMA

POR

MANUEL URIBE V.



BOGOTA
IMPRESA A CARGO DE F. PONTÓN
1888

AL LECTOR.

Manuel Uribe Velasco

DEBO una explicación á mis amigos, ó mejor dicho, á los amigos de Juan de D. Uribe, de la razón que me acompaña para sacar hoy este poemita desnudo del prólogo con que tan ingenioso escritor había ofrecido revestirlo; pues temo me suceda lo que á un comediante aragonés; y va de cuento:

Es de saberse que el tal cómico, que viajaba con una compañía dramática por el Reino de Asturias, ofreció al público una estupenda tragedia de Lope de Vega, en la cual estrenarían los actores unos vistosos trajes, muy particularmente el director y su mujer, que hacían los papeles del Rey y de la Reina. Llegó la noche de la representación, y la concurrencia fué inmensa; pero por más que se había pasado la hora de alzar el telón, no sonaba la campanilla. Impaciéntase el público, y con silbos y gritos atruena el recinto. Suena á las mil y quinientas la anhelada esquila, álzase el

trapo, y el director de la compañía, medio desnudo, se dirige á los espectadores en estos términos :

“ Respetable público : un repentino resfriado ha postrado en cama al sastre que fabricaba los reales trajes de SS. MM.; con todo, se ha logrado hacer muy de prisa la basquiña que llevará mi mujer, y mi frac. Se espera que los concurrentes disimulen el que la Reina se exhiba desnuda de medio cinto para arriba y el Rey de medio cinto para abajo.”

Preparábase yá nuestro comediante para improvisar el verso de estilo, cuando una intempestiva lluvia de guijarros cayó sobre sí, tan nutrida, que nuestro buen hombre no paró en tres calles.

No sé si á mí, actor medio desnudo en esta comedia de las bellas letras, me acaezca lo propio al dar la explicación ofrecida.

Y esto ya no es cuento.

Saben yá muy bien mis amigos, y hasta muchos que no lo son, que el inteligente escritor y chispeante crítico Juan de D. Uribe tenía preparado un prólogo para esta obrita; y así lo había manifestado él mismo en el número 6.º del malogrado *Correo liberal*, en el que, al anunciar la publicación de “La gallina blanca,” insertó algunos fragmentos y lisonjeó mi pobre literatura con palabras de aliento.

Circunstancias especiales que no hay para qué mencionar, retardaron algunos días la aparición de esta lectura, y mientras tanto el manuscrito de Uribe yacía en su gabinete de estudio esperando la hora ¡que no había de llegar! de venir á servir como de reflector á este desaliñado trabajo. Y como en este país se suceden hechos tan maravillosos, acaeció que un día, sin saber cómo ni cómo no, á mi prologuista le anocheció en Bogotá y le amaneció en New-York. No sé cómo diablos estos malditos escritores y periodistas colombianos se quejan tanto en sus diarios de las malas vías de locomoción y del tardo trotar de los mulos, cuando ellos saben mejor que nadie con cuánta velocidad se viaja hoy día de Bogotá al extranjero.

El repentino viaje de Uribe fué, pues, la causa de que el prólogo se hubiese traspapelado, y es ésta la razón que doy para no poder cumplir lo prometido.

No ha faltado más de un escritor generoso que me haya ofrecido recomendar estos pobres versos á la benevolencia del público; mas como quiera que mi humildad literaria no se aviene con alabanzas, quizás hijas solamente de la amistad, y también por cierto respeto al derecho adquirido por el padrino nato de “La gallina blanca,” hube de no aceptar tan nobles ofertas y de resolverme á

sacarla á la luz pública con su propio arreo y sin más galas que su plumaje blanco y sencillo, como conviene á su rústica condición.

Fáltame ahora dar una ligera noticia de la causa ú origen de esta obrita, para satisfacer la curiosidad de muchos.

Yo mismo no me doy razón de cuándo concebí el plan de "La gallina blanca." Él obedece, más que á una trabazón deliberada y fantástica, al fatal desenvolvimiento de una historia de amor que alberga mi corazón con santo recuerdo; ni más ni menos que como el amante desgraciado guarda con religioso respeto una flor ajada por el tiempo y desaromada por los besos y las lágrimas.

¿Y qué te puedo decir, paciente lector, á manera de introducción, sobre el enredo y desenredo y acerca de la intención moral de esta obrita?

"La gallina blanca" y Elvira son dos seres tan semejantes, moralmente hablando, que casi ... casi ... estoy por afirmar que son uno mismo. Pero no, me arrepiento, no puede eso ser así: la una al fin, al fin casóse, fué feliz y vivió mucho; la otra al cabo, al cabo casóse también, fué desgraciada y vivió poco. Sin embargo... siento tentaciones de afirmar que estas dos aves, ó muchachas, ó ángeles, ó como se las quiera llamar, son un solo sér, único é indivisible.

Cuanto á lo demás, hay en esta leyenda una anciana, como muchas, que trata de buscar un novio rico para su hija; la muchacha, que ya tiene puesto su corazón en un rapazuelo de su edad, se resiste á las insinuaciones de su buena madre. La vieja se pára en sus trece y la muchacha en los suyos, y sabe Dios á dónde hubieran ido á parar las cosas, si cuando menos lo piensa la inocente abuela, la historia de Blanca que se desenvuelve á su presencia, la viene á hacer caer en la cuenta de que sólo los nudos que ata el cieguecillo de la fábula, son los únicos que amarran las almas y hacen la felicidad.

He creído que el enlace de estos dos episodios, tan comunes en la historia del corazón humano, forman una gran lección de moral que puede corregir á seres extraviados que, por un interés mezquino, intenten romper las ligaduras de un amor infantil, puro y sincero.

Réstame ahora felicitar de antemano y muy de veras á mis críticos, que no faltarán; sobre todo á aquellos que se desviven por acechar á mansalva á todo novel escritor para hundirle por la espalda su oxidado lanzón, sin que jamás se llegue á descubrir los nombres de los asesinos. A los otros, á los que blanden hidalgo acero y hieren de frente, si hallaren este trabajo pueril ó baladí, que se hagan cargo de mi pecho, el cual desde ahora les pre-

sento, mientras los de arriba me comen por detrás.

Por lo demás, logre yo arrancar á una de tantas víctimas de las garras del *Interés*, vea bullir una expansiva é ingenua sonrisa en unos labios femeniles, ó rodar una lágrima por la enjuta mejilla de una anciana, y vengan más palos literarios sobre mí que garrotazos de yangüeses sobre los enfermos omoplatos del malaventurado andante D. Quijote de la Mancha.

M. U. V.

LA GALLINA BLANCA

CANTO PRIMERO

I

Pues diré que era hermosa como un cielo
la del lunar aquel que en la mejilla
tenía cual de negro terciopelo;
y, cosas singulares,
en su cuello de cisne,
otro lunar llevaba como un tizne:
por Dios que era ese sér todo lunares!

II

Cuando yo lo miré por vez primera
y vi su planta breve
deslizarse, gentil, por la pradera;
cuando pude observar que eran de nieve
sus formas de contornos divinales;
y, en fin, cuando sus ojos encendidos
yo pude contemplar como esculpidos
por la mano de Dios sobre cristales,
de repente exclamé lleno de encanto:
es cosa peregrina
que la mano de Dios se esmere tanto
en hacer tan perfecta una gallina!

III

Gallina dije? no, si era una polla
 muy fresca y muy lozana,
 de siete y medio meses de nacida;
 y en edad tan temprana,
 aquella tierna polla era tenida
 en todo el gallinero
 por el ave mejor del mundo entero.
 En verdad, era fama
 desde el pueblo vecino á la alquería,
 que el ave de mi cuento se vestía
 con el mismo recato de una dama.
 Sus plumas siempre blancas y aseadas
 llevaba de tal suerte la polluela,
 que en la vecina escuela
 cual modelo ejemplar eran citadas.
 Jamás llegó á reñir con sus hermanas,
 ni menos con los pollos sus parientes;
 odiaba las costumbres cortesananas
 y nunca se juntó con malas gentes;
 dormía siempre sola
 en un limpio rincón del gallinero,
 por cuidar con esmero
 las tiernas plumas de su blanca cola.

IV

El gallo que era un viejo enamorado,
 porque al fin era gallo,
 ordenó al eunuco del serrallo,
 que era un capón honrado,
 que á la blanca pollita prefiriera

por encima de todas las gallinas,
 que el maíz se le diera
 molido cuando menos ó en harinas;
 que se advirtiera pronto á los vecinos,
 amigos y parientes,
 y sobre todo á las imberbes gentes
 (piedra tirada á los gallitos finos),
 que esa ave candorosa,
 de blanca pluma y mágicos lunares,
 estaba destinada á ser la esposa
 del soberano Rey de esos lugares;
 y en fin, que se dijera á la nobleza
 que acogiéndose el gallo á cierto fuero,
 pondría de la polla en la cabeza
 la corona imperial del gallinero.

V

Era el caso que Blanca—éste es su nombre—
 respetaba muchísimo á su madre,
 una clüeca quintañona y fea
 que á Blanca siempre le ocultó del padre
 el nombre y la ralea.
 La madre, aunque adoraba en la polluela,
 con rigor la trataba y aspereza:
 porque una vez la pobre de la escuela
 se vino con dolor en la cabeza,
 le pegó un picotazo en la garganta
 tan fuerte, que se sabe
 que si esa vez no se murió aquella ave
 fué debido tan sólo á que era santa.
 Lo que sí es bien sabido
 es que á la polla por hermosa y casta

la miraba muy mal cierto partido,
que una su tía, tipo de perfidia,
de malísima pasta,
encabezó en su contra por envidia.

VI

Mas, qué mucho es mirar que en animales
se ultraje á la virtud y á la inocencia?
¿No tenemos nosotros experiencia
de que estos que llamamos racionales,
que dicen entender filosofía,
religión y moral, muy sí señores,
son del templo del Bien demolidores
y tienen al del Mal idolatría?

VII

Sabed, pues, oh lectores! con espanto,
que era Blanca una mártir desdichada:
siempre su faz mirábase bañada
de amarguísimo llanto.
Si alguna vez al despuntar la aurora
reía contemplando el firmamento,
su madre la reñía en el momento
por vana, por coqueta y soñadora;
si cantaba feliz porque un pollito
la regaló con glóbulos de harina,
su tía la gallina,
hasta la luna levantando el grito
y fingiendo congojas y pesares,
le decía á la polla tales cosas
que sus mejillas frescas como rosas
tomaban el negror de sus lunares.

VIII

Quién pudiera leer de su destino
el misterioso arcano,
escrito del futuro en el camino
por la de Dios omnisapiente mano!
Entonces asombrados
ante la ingrata realidad los hombres,
quisiéramos borrar desesperados
del registro fatal fechas y nombres;
y entonces ¡vive Dios! bella lectora,
llegáras á saber lo que hoy no sabes:
porqué el dolor con mano traidora
hiere lo mismo el alma pecadora
que el alma refulgente de las aves.

IX

La gallina entre tanto sin consuelo
sufría resignada sus pesares;
volvía cuando más la vista al cielo,
y al contemplar sus tiernos luminaires,
en quejas inocentes, castas, bellas,
y en las notas divinas
en que deben quejarse las gallinas,
denunciaba su achaque á las estrellas.

X

Era notorio yá en las alquerías
y en todos los vecinos gallineros,
que Blanca se pasaba muchos días
gimiendo de dolor en los graneros;

que era mártir, en suma,
de la envidia feroz que le cobraron
unos parientes suyos que notaron
el crecido valor de su alba pluma.
En Blanca se volvió todo pecado:
si la enviaban por suerte algún regalo,
se acercaba la tía y de contado
exclamaba meneando la cabeza:
—Recibiste el presente? pues muy malo!
y si no lo aceptó: vaya una pieza!

XI

Movió á curiosidad á muchas gentes
la desgracia de Blanca, y desde lejos
mandaron á sus hijos muchos viejos
á llevarla recados y presentes.
Desde pueblos lejanos
enviaron comisiones las gallinas
de pollitas sirvientas (entre-finas),
portadoras de muchos besamanos.
Ofrecíanle á nombre de sus tribus
albergue, amor, felicidad, holganza
y exquisita pitanza;
pero ella respetuosa
del amor maternal y sus deberes,
desdeñó con valor tantos placeres
y en su hogar continuó siendo virtuosa.

CANTO SEGUNDO

I

Mas cuándo la desgracia algún consuelo
no halló de noble mano!
Cuándo las perlas nítidas del cielo
no á refrescar vinieron,
las marchitas corolas,
de aquellas flores que gimiendo solas
al soplo del dolor se adormecieron!
Cuándo al romper su broche
el grato rosicler de la mañana,
á la flor desteñida por la noche
no la bañó de juventud y grana!
Jamás! Pues así Blanca
una dueña tenía, cariñosa,
muy rubia y muy hermosa,
de algunos trece abriles,
de labios cual las flores del granado
y de cuyas mejillas los pensiles
el tinte rosicler le habían robado.
Y muchacha era aquella
tan cándida y tan bella,
y era además tan popular, que un día
al llegar de la escuela,
sobre su mesa se encontró una esquela
que en idioma celeste la decía.

II

“He sido convidada
“para esta noche á fiestas en el cielo;

“ como estaré mañana trasnochada,
 “ no habrá quien rasgue de la noche el velo.
 “ Como apenas el rayo de tu frente
 “ puede igualar al mío
 “ y tu lloro imitar á mi rocío,
 “ te he nombrado, mi bien, primer suplente.
 “ Acepta el nombramiento
 “ ó tendrás mis enojos ;
 “ y madruga solícita á la hora
 “ en que suelo salir, abre tus ojos
 “ y haz el día por mí.

Tu hermana,
 Aurora.”

III

Esta hermana del Alba
 que así ternura como amor inspira,
 esta de Blanca dueña cariñosa,
 este sér mitad angel, mitad rosa,
 cuyo nombre es Elvira,
 feliz vivía de su madre al lado
 sin más oficio serio
 que correr por las tardes en el prado,
 rezar todas las noches un salterio,
 cazar las mariposas, robar flores,
 darle sopas de arroz á su polluela,
 y aprenderse unos sáficos de amores
 que un señorón la dedicó en la escuela.

IV

Habíanse cobrado gran cariño
 Elvira y la gallina, pues se sabe

que siendo la una ave y la otra ave
 con alma y piel y corazón de armiño ;
 viviendo Elvira cerca al gallinero
 y allegándose mucho sus idiomas,
 pues si aquélla parlaba el del jilguero,
 la otra se aprendió el de las palomas,
 muy más que natural, era preciso
 el amor fraternal de esas señoras,
 de esas dos golondrinas desertoras
 de la misma mansión del paraíso.

V

Una mañana, pues, de esas mañanas
 en que la luz de la naciente aurora
 cuanto á su paso se presenta dora,
 montes, espigas, campos y sabanas,
 Elvira y la avecita muy dichosas
 platicaban de asuntos bien triviales :
 —Pues tengo de contarte ciertas cosas...
 relativas, mi bien, á ciertos males....
 le dijo á la muchacha la gallina,
 en vocablos truncados,
 á tiempo en que sus labios colorados
 tomaban el color de la neblina.
 Conmovida la joven por las tiernas
 palabras de la cándida avecilla,
 la acarició en la cresta y la mejilla,
 y acostándola luégo entre sus piernas,
 —Habla, la dijo, haciendo un abanico
 con sus alas de yeso,
 en tanto que le daba un casto beso
 al ave misteriosa en todo el pico.

VI

Y Blanca suspiró, también Elvira :
vaya un par de suspiros divinales !
Es fama que el suspiro de dos almas
forma un rumor de arpegios celestiales.

VII

—Qué me quiere decir tanto misterio ?
preguntó la muchacha.

—Pues hermana,
la polla contestó, tal vez mañana
mi cuerpo dormirá en el cementerio !
Siento un hondo pesar, siento alegría ;
sin quererme morir, quiero ir al cielo ;
tengo horas de placer y de agonía,
noches de paz y noches de desvelo ;
y allá dentro de mi alma, lo que siento,
cómo llamarlo ignoro !
Sólo sé que hay un nuevo sentimiento
dentro mi sér, que me convida al lloro.

VIII

Elvira contra el seno, blandamente,
estrechó á la gallina, sonrojada,
y pasando la mano por su frente,
—Vaya ! exclamó, si estás enamorada !

IX

—Si el amor es aquello,
pues el amor entonces es muy bello,

prosiguió el sér alado ;
y en una voz, remedo de un quejido,
le preguntó á la joven al oído :
—Elvira, por piedad, tú no has amado ?
Ruborosa la joven, sus mejillas
escondió entre las alas de la polla,
buscóse el anular, y á hurtadillas
los labios imprimió sobre una argolla.
Siguió el ave diciendo :

—Si el amor es un bien, yo lo he ignorado,
y si es un mal, á fe que no lo entiendo :
yo sólo sé que un fuego despiadado
mi pobre corazón va consumiendo.
Cuando el amor con su divino dardo
del alma nos hirió cualquiera fibra,
entonces esa herida me recuerda
porqué al sonar del arpa alguna cuerda
acorde todo el instrumento vibra.

X

Elvira, en cuyo pecho
había ya el amor estragos hecho,
y que podía calcular la pena
de un amor contrariado,
tenía el corazón despedazado
al ver que aquella cándida azucena,
aquella polla hermosa,
por un materno fallo,
estaba destinada á ser la esposa
del soberano gallo.
Tratando de fingir sosiego y calma
y ahogando en su pecho la amargura,

preguntó la muchacha á la avecilla :
—Quién es aquel que te desgarró el alma
y que rasgó su virgen vestidura ?

XI

El ave sollozó, nadie se ría,
y también suspiró, calma lectores :
se llora si en el pecho hay agonía
y brotan los suspiros á porfía
de las almas que sufren mal de amores.

XII

—Escucha, pues, encantadora dueña,
la gallina exclamó con faz risueña,
este cuento infantil de mis amores :
las almas son así cual mariposas
que vuelan al acaso entre las flores
en busca de las mieles de las rosas ;
hay unas muy brillantes y lozanas,
llenas de amor, de juventud y brío,
que gustan refrescar con el rocío
sus alas de arrebol por las mañanas ;
para esos seres corre la existencia
feliz entre las zarzas de la vida,
así cual del jazmín la grata esencia
se extingue entre las zarzas no sentida.
Esas almas con lazos divinales
son atadas por Dios, quien las bendice,
y después con acentos divinales,
“ id á vivir para el amor,” les dice.

XIII

—Pues bien, siguió diciendo la polluela,
era antigua costumbre entre las niñas
de mi raza, en saliendo de la escuela
irnos al campo á divertir con riñas.
Había entre los chicos cierto pollo
tan hermoso y gallardo,
que respecto á belleza era un pimpollo
y en cuestión de valor era un Bayardo.
Su cresta altiva y elegante, al viento
ondeaba altanera ;
y de su voz el armonioso acento
me logró seducir de tal manera,
que una noche juré por la cruz santa
delante de unas pollas principales,
que ese chico llevaba en la garganta
nidadas de jilgueros y turpiales.
Lo cierto es que á aquel niño
sin saber cuándo le cobré cariño.
Todas las tardes pollos y gallinas,
en procesión parlera,
buscábamos alguna talanquera,
donde á la par que muchas golosinas
devorábamos dulces caramelos
(por supuesto robados), y buñuelos.
Pasábamos la tarde en diversiones,
y al toque de oraciones
cantábamos en coro la retreta ;
el pollo remedaba bien la urraca,
muy sí señor parado en una estaca,
yo tocaba corneta
sentada en mi sillón, que era una horqueta.

Si por faltar al aula
 á alguno de los dos se le arrestaba,
 el otro hasta la jaula
 muy tierno y muy lloroso le llevaba,
 en un blanco pañuelo,
 harinas de maíz y bizcochuelo.
 Recuerdo que una vez siendo muy chicos,
 logramos, sin temor de condenarnos,
 medir la longitud de nuestros picos
 por el solo capricho de besarnos.
 Cuando había paseo ¡Jesucristo!
 entonces sí que estábamos perversos:
 entablábamos baile, y por lo visto,
 yo le cantaba y él me hacía versos.
 Si alguna vez las brumas
 empapaban mi cuerpo, en el momento
 el pollo calentaba con su aliento
 mi yerto labio y mi cendal de plumas.

XIV

Mas ¡ay! clamó de nuevo la gallina,
 al fin me lo apartaron de mi lado,
 creyendo la maestra y mi madrina
 que el amor infantil era un pecado.
 Há tiempo no le veo; mas si el ruido
 escucho de la espiga que se mueve
 mecida por el viento,
 me parece escuchar su planta breve,
 el eco de su voz, su andar, su aliento;
 su nombre como música sonora
 lo escucho susurrar en las palmeras,
 y el ruiñeñor en lánguidos cantares
 lo modula á mi oído hora tras hora;

su imagen no se aparta de mi mente,
 por todas partes de él encuentro huellas;
 lo miro en los cristales de la fuente,
 lo miro en el fulgor de las estrellas.
 En fin, yo para él desde la cuna
 fuí lo que él para mí: luz de consuelo:
 si él bella me llamaba cual la luna,
 yo hermoso le llamaba como el cielo.

XV

En los ojos de Elvira cual dos perlas
 dos lágrimas brotaron temblorosas,
 y porque el ave no alcanzase á verlas,
 se apresuró á decir:—Hay mariposas;
 muy feas, desteñidas
 por la mano del tiempo y de natura,
 que vienen en las tardes, afligidas,
 á llorar bajo el sol su desventura.
 Almas son ésas faltas de esperanza,
 pobres de amor, de dicha y de ilusiones,
 y en cuyos corazones
 planta de amor á germinar no alcanza.
 A esas almas la mano del Increado
 ay! nunca las bendice,
 y por traer el *inri* del pecado,
 “id á vivir para el dolor, les dice.”
 —No sé cómo concluyas,
 la gallina exclamó.—Pues qué querías!
 prosiguió la muchacha, con las tuyas
 se suelen desposar las almas mías;
 y haciendo un grande esfuerzo,
 como quien cree que el alma se le arranca,

ó que en sus hombros lleva el universo,
la muchacha exclamó:—Mi pobre Blanca!
prepárate á borrar de tu memoria
la imagen del que tanto tú has querido,
y de tu amor á la inocente historia
la esponja pasa del ingrato olvido;
pues es sabida cosa
que el gallo, que es un príncipe altanero,
ha jurado tomarte por esposa
y hacerte emperatriz del gallinero.

XVI

Al disparar la joven aquel rayo
esperó, con dolor, que la gallina
se acogiese al recurso del desmayo,
según cierta costumbre femenina;
mas notó con asombro y extrañeza
que el ave, aunque bajando la cabeza,
exhaló un triste y atronante *plío!* . . .,
á los cielos tornó luego sus ojos
y exclamó prosternándose de hinojos:
“Cúmplase en mí tu voluntad Dios mío!”

XVII

Elvira comprimiendo á la gallina
contra su seno virginal, solloza,
y á tiempo en que su faz de viva rosa
se trueca en espantable marfilina,
anegados sus ojos en un río
de amargo llanto, dícele: bien mío:
vuelve hacia Dios tu corazón llagado

y díle que contemple su honda herida,
hazle saber lo mucho que has amado
un alma que á la tuya está adherida.
Y cuando eleves tu oración cristiana
al trono del Increado,
pide también para las dos, hermana,
en ese idioma santo que tú sabes,
dulce cordial que alivie el desgraciado
achaque del amor de estas dos aves.

XVIII

De los brazos de Elvira alzó su vuelo
la gallina infeliz, buscó su nido,
batió las alas y mirando al cielo
exhaló desde el alma hondo gemido.

XIX

¿Y cómo puede ser, pensaba Elvira
contemplando á la polla de hito en hito,
que obliguen á decir una mentira
ante el altar del templo que es bendito,
á Blanca que es un sér tan inocente,
tan pobre de talentos y de luces?
y cayendo de hinojos se hacía cruces
en el pecho, en los labios y en la frente.

CANTO TERCERO

I

Era Blanca una polla muy ladina,
ágil de cuerpo, viva, charlatana ;
era un ángel con plumas de gallina
y con alma de virgen cortesana.
Y rayaba su edad en siete meses,
edad de la ilusión y los engaños,
la cual diz que equivale muchas veces—
hablando de mujeres—á quince años.
Y es edad tan sabrosa y tan querida,
que á juzgar por el dicho de las bellas,
una niña murió de resentida
porque no la miraban las estrellas.
Lo que yo sé de un labio muy sincero
es que en la edad de Blanca, á toda niña
le parece que ve en cada lucero
un ojo masculino que se guiña.
Bendita edad de cándidos engaños :
quién pudiera tener la gran fortuna
de parar la existencia en los quince años ;
y solamente fatigar los sesos
en arrojar á las estrellas besos
y piedras y mordiscos á la luna !

II

Había muy cercano al gallinero
un río tan inmenso, de agua tanta,
que le daba á la polla hasta el gargüero,
lo que en verdad es cosa que me espanta.

Gustaba la avecilla de ir al bosque
por distracción en tiempo de verano,
pues siéndole difícil tocar piano
y hacer otros oficios femeninos,
verbi-gracia escribir cartas de amores,
buscaba los suspiros masculinos
entre el cáliz fragante de las flores.

III

Absorta en muy profundas reflexiones
hasta el río llegó cierta mañana
la joven avecilla,
parece que cantando unas canciones
de inexplicable dejo,
y logró ver con extrañeza suma,
allá en el fondo del cerúleo espejo,
su bella faz y su nevada pluma.
Al mirarse en la fuente la gallina
pensó con inocente donosura :
con razón que dijese mi madrina
que la reina era yo de la hermosura ;
y mirando el armiño de su traje,
que valía, en verdad, más que un tesoro,
contemplando el carmín de sus mejillas
y el primor de sus patas amarillas
con uñas de azabache y dedos de oro,
exclamó con patente desvarío,
creyéndose rival de Galatea :
“ Muchas gracias, Dios mío,
porque en verdad no me formaste fea ! ”
Un aplauso sonoro
se escuchó sobre un árbol del camino,

donde cantaba un pollo *pico de oro*,
(indudable señal de que era fino).
El ave al encontrarse sorprendida
pretendió despeñarse en un abismo
exclamando: "Jesús! estoy perdida,
reconozco su voz, es la de él mismo!"

IV

Mas á tiempo que el ave avergonzada
iba á emprender su fuga por las breñas,
vió salir al través de una enramada
al joven pollo que la habló por señas.
Era un verde de aspecto majestuoso
que ostentaba magníficos plumones,
y de una edad que siento tentaciones
de asegurar que le apuntaba el bozo.
Es el caso, lectora,
que el pollo por razones diplomáticas,
y queriendo esquivar ruidosas pláticas,
dió cierta tosecilla tan sonora,
guiñó los ojos con tan buen donaire
y le envió á la pollita encantadora
tal cantidad de besos por el aire,
que al contemplar el ave á aquel buen mozo
sintió en el corazón el mismo hechizo,
que Eva al mirar de súbito á su esposo
cuando Dios la plantó en el paraíso.

V

Los pollos atraídos de repente
por mano misteriosa, se acercaron,
y en medio de un silencio sorprendente

sus picos entreabiertos se besaron.
Un prelude siguió cual de gorgoros
salidos de esos pechos amorosos,
una especie de castos cuchicheos
mezclados con reclamos y sollozos.
En fin, lo que pasó, lectoras mías,
no sé cómo decirlo:
fué una explosión de cantos y suspiros,
blando rumor de agrestes lejanías.

VI

—Qué me quieres mi sol? dijo la hermosa.
—Muchas cosas de amor! casto lucero.
—Qué me vas á decir?

—Cualquiera cosa:
verbi-gracia que te amo y que me muero.
—Habla más quedo que nos oyeu chico.
—Por Dios que habrán de oírme las estrellas!
ya has medido tu pico con mi pico,
¿quieres medir tus huellas con mis huellas?
—Un rapto, cómo es eso!
—Un rapto tras un beso,
y tras la pena odiosa
de saber que un decreto miserable
te hace del Rey la prometida esposa,
rapto es aquél muy justo y perdonable.

VII

Así clamaba el infeliz amante
en transportes de amor y de locura;
y luego prosiguió:—Si mi ventura
me roban con tu amor, si delirante

jamás tu corazón junto del mío
 habrá de palpar, y enamorado ;
 si este de amor caudaloso río
 que corre en nuestros pechos desbordado,
 habrá de evaporarse cual la ola
 que muere entre la playa triste y sola,
 pues antes yo prefiero
 que la virtud y nuestro honor perdamos
 ante la faz del universo entero :
 el bosque nos espera : Blanca, huyamos.

VIII

—En nombre de los castos juramentos—
 el ave respondió fingiendo calma—
 que te hiciera, por Dios, en los momentos
 en que á la tuya encadené mi alma ;
 en nombre de las aguas de este río,
 que sabe que al mirarme en sus cristales,
 á fuerza de llorar por ti, bien mío,
 han logrado crecer sus raudales,
 yo te ruego por Dios que en esta hora
 ve la pureza y limpidez de mi alma,
 que del honor la triunfadora palma
 no robes á la esposa que te adora.

IX

—Escucha, por piedad ! clamó de nuevo
 aquel rendido amante :
 á pesar del respeto que le debo
 de tu virtud al astro rutilante,
 es preciso, amor mío,
 que te dejes robar de estos lugares ;

no lejos de estos campos hay un río
 circundado de bosques seculares ;
 hay allí verdes lomas
 donde crecen las frutas y las flores,
 mansión de las alondras y palomas
 y pájaros cantores ;
 sobre aquellas colinas de luz llenas
 se respira un ambiente delicioso,
 que envían del vergel las azucenas
 en alas del favorio generoso ;
 un rojo sol desde los altos cielos
 baña en topacios la región soñada,
 y corren murmurantes arroyuelos
 sobre aquella planicie embalsamada.
 Allá bajo la sombra de los montes
 quiero mi vida compartir contigo
 en dulce soledad, sin horizontes,
 y sólo á Dios teniendo por testigo.
 Vamos allá, mi bien ; ven que te espera
 el blando césped para darte alfombra,
 y el copo liberal de la palmera
 para ofrendarte su apacible sombra.

X

—Apiádate de mí, luz de mi vida,
 el ave respondió dando un lamento :
 si es tan sólo de ti mi pensamiento
 y tienes mi alma á tu querer rendida ;
 si sabes que mi espíritu te invoca
 en medio los silencios nocturnales,
 y que surge tu nombre de mi boca
 más dulce que la miel de los panales,
 te ruego que conserves el decoro

de estas dos almas blancas y sencillas.
Así clamó la polla, y sus mejillas
de súbito bañó virgíneo lloro.

XI

Incansable el amante persistía
en realizar tan estupenda empresa,
y á tiempo en que la polla pareoía
perder con tantos ruegos la cabeza ;
cuando el pollo creyó que por asalto
alcanzaba á triunfar de la gallina,
el gallo Rey con intención dañina
presentóse gritando : *cao !, alto !*

CANTO CUARTO.

I

Era el Rey y señor del gallinero
un gallo excepcional, alto y membrudo,
muy entrado en edad, negro, altanero,
de gran copete y de mirar sañudo ;
adornaban bellísimos plumones
su cola soberana,
y usaba dos tan grandes espolones,
que cada uno competir podría
con la mejor espada toledana.
Venía el señorón bien defendido
por su Estado Mayor, y reparando
en su joven rival, gritó ofendido,
la tierra con sus patas escarbando :
—Al fin os encontré, viles traidores !
venid á combatir, pollo villano,
ladrón de los castísimos amores
del Rey vuestro implacable soberano ;
venid á recibir muerte segura
delante de esa ingrata que me olvida,
venid que os quiero fenecer la vida
en mi rabia de celos y amargura.
—Allá voy ! vive Dios ! gritó el amante,
qué me importan, oh Rey ! vuestros enojos,
cuando sé que al caer agonizante,
de esta avecilla lágrima quemante
sólo por mí derramarán sus ojos.
Dijo, y tosió. Con entusiasmo, brío
y marcial continente,
fué á ponerse el rival al propio frente

de su señor en són de desafío.
 Batió las alas y paróse tieso,
 arrastró la derecha haciendo raya,
 cantó en seguida y levantó el pescuezo ;
 el viejo Rey se abalanzó á la playa
 y el combate empezó : un trueno sordo
 al principio se oyó, como el preludio
 de horrible tempestad ; un peregrino
 silbo después como vapor de á bordo
 se escuchaba salir de aquellos pechos,
 que al decidir su suerte,
 encontraban los límites estrechos
 del ancho mundo para darse muerte.

II

Por Dios que en los anales de la guerra
 vióse jamás tan desigual combate,
 pues todo pollo cuando no se abate
 los espolazos casi siempre yerra ;
 y además asegura
 y afirma con tesón todo gallero,
 que nunca recibió degolladura
 un gallo avejancado, en el gargüero.
 Mas sea por caprichos del destino,
 ó por la mucha agilidad acaso,
 ó porque, en fin, para salir del paso
 algo tiene que haber, digo que el fino,
 ardido de vergüenza y de sonrojo,
 dió una mordida con tan buen suceso,
 que agarrando á su Rey por el pescuezo,
 le trajo en las espuelas todo un ojo.

III

El viejo Rey al contemplarse herido,
 furioso como el tigre, dió un rugido,
 y evocando sus fuerzas ya gastadas,
 redobló su fiereza de tal suerte,
 que tiraba mandobles y espoladas
 capaces de arredrar hasta á la muerte.
 Un careador gritaba :—Más arrojo !
 que la herida no es grave, soberano !
 y el otro careador :—Pues lo del ojo
 no vale un pito, y lo mostró en la mano.
 Dijo un mirón :—¿ Te vas sin equipaje,
 llevando tan terrible *canillera* ?
 Otro mirón :—Ya salta á la gallera
 nuestro Rey y Señor ; abur ! buen viaje !
 El primer careador :—Es increíble !
 ha sido degollado el mozalbete ;
 viva el gallo ! por Cristo ! qué terrible
 espolazo le ha dado en el cachete.
 Un curioso :—Señores, juro á Marte
 que de esta herida no levanta el pollo ;
 brota su sangre cual inmenso arroyo,
 el viejo lo pasó de parte á parte.
 Blanca :—Qué horror ! herido mi polluelo !
 Si es preciso morir, muramos juntos.
 Un gallero sonriendo :—Dos difuntos !
 magnífico presente para el cielo.
 Un intruso pulsando á la gallina :
 —Cómo tiembla esta chica por el mozo !
 pero al fin en la gente femenina
 todo achaque de amor es mal nervioso.
 Un careador, mordiéndose la mano :

—Perdimos : nuestro pollo clava pico.
 Un alguacil :—El espolazo es rico.
 Segundo careador :—Triunfa el tirano !
 Una voz :—Señor Juez, por lo que veo,
 ya no logra picar el pollo verde.
 El Juez de gallos :—Venga otro careo
 y termine la riña si no muerde.

IV

Blanca, entre tanto, yerta y demudada
 yacía bajo un árbol, sin sentido ;
 y cada vez que erraba una estocada
 su joven prometido,
 sentía tanta mengua,
 que sin notar en las vecinas gentes,
 entre su pico se mordía la lengua
 á falta de colmillos y de dientes.
 A tiempo en que los bravos careadores
 daban sus roncadas voces á los vientos
 y arrojaban puñadas de condores
 revueltas con sombreros y lamentos ;
 en tanto que al polluelo mal herido
 le acometía un causón aleve,
 el semblante de Blanca, compungido,
 cuándo tomaba el blanco de la nieve
 y cuándo el bermellón de la escarlata,
 y exclamaba la triste casi viuda :
 —Pobre pollito de mi amor, no hay duda
 que el viejo miserable me lo mata.

V

De improviso los fieros combatientes
 sus alas, cual vistosos abanicos,

baten al aire ; y no diré sus dientes,
 rechinan, pero sí sus rojos picos ;
 el verde intenta revolar en vano :
 su gran debilidad es una mano
 que alas y pies sin compasión le amarra ;
 pica á su vez el esforzado tuerto
 y en cuanto al pollo del copete agarra,
 le manda al corazón su cimitarra
 y sobre el campo lo derriba muerto.

VI

Quedaron en silencio las gallinas,
 los gallos y también los careadores,
 en medio de la espesa polvareda
 que alzarán los furiosos gladiadores ;
 el Rey y su legión hicieron rueda
 al redor de la polla, que llorosa
 yacía junto al cuerpo de su novio ;
 el gallo dirigiéndose á la hermosa,
 la dijo :—Al cabo tú serás mi esposa :
 ha cesado mi afán, cese mi oprobio.
 La polluela infeliz, en su locura,
 sumida en tan profundo desconcierto,
 delirando exclamó :— Seré perjura !
 Y cayó sollozando sobre el muerto.

CANTO QUINTO

I

Veíase ya el sol tras de las rejas
de la estancia de Elvira, que en su lecho
medio muerta yacía; por su pecho
su cabellera en trenzas y guedejas
semejaba los rielos del gran astro
cuando al hundirse en el confín distante
se derrama en cascadas de diamante
sobre alfombras de nácar y alabastro;
ya el alba matinal radiante y pura,
destiñendo los últimos bostezos
de la noche invernal, radiantes besos,
desde sus labios rojos como cirios,
le mandaba á la mar, á la llanura,
á la blanca azucena y á los lirios.
En fin, naturaleza despertando
de sus hondos letargos nocturnales,
se venía solícita cantando
el himno matinal, acompañada
por coros de sinsontes y turpiales.

II

En vano reclamó puesta de hinojos
y á gritos nuestra joven á María
del sueño la ración: la luz del día
abiertos sorprendió sus bellos ojos.
Pues no durmió, lectoras,
nuestra honrada muchacha ni un segundo,
y oyó al reloj multiplicar las horas,

trocándose de rojo en amarillo
surostro pudibundo,
cada vez que con aire acongojado
se imaginaba viendo al señor cura
cometer la ridícula locura
de casar aquel gallo avejancado
con la joven gallina,
en medio de la silba formidable
que le habría de dar la estudiantina.

A las diez se acostó como una santa,
juzgando que dormir no es otra cosa
que acostarse, cubrirse con la manta,
ver que penda la cruz de la garganta,
cerrar los ojos y ... á roncar dichosa.
¡Oh cándida inocencia! tú no sabes
que el dolor es atmósfera invisible!
¡oh cosa incomprensible!
que respiran los niños y las aves?
Sobre su lecho la infeliz en vano
tornó á buscar reposo, cosa extraña;
al quererse dormir, aleve mano
le arrancaba pestaña por pestaña.
El reloj de su cuarto desatóse
por fin en un tropel de campanazos,
Elvira se sentó, cruzó los brazos
y escuchó golpe á golpe dar las doce.
La una resonó como un quejido
y Elvira contestó con un sollozo,
diciendo para sí: pues un marido
tan anciano y tan vil no es un esposo.
A las cuatro sintió que su cabeza
por instantes contados se crecía,
y en tanto que la luz del claro día

entraba por las rejas de su pieza,
sentía por la vida un grande hastío,
inmenso afán por escalar el cielo,
y en el alma y las venas calofrió;
y en fin, cuando á las seis de la mañana
se abrió la puerta y se posó su hermana—
el ave — sobre el lecho,
llevando una corona de azahares
y diciendo: “me voy á los altares,
dame tu bendición,” sintió en el pecho
el fuego reventar como de un rayo,
exhaló un ay! y la acogió un desmayo.

III

Cuando la joven recobró el sentido,
habrían trascurrido
dos días, lo bastante
para mudar en transparente armiño
aquel de rosicler fresco semblante.
A la manera que la luna esbelta
su cabellera suelta
recoge al encender su viva lumbre,
del negro cerro sobre la alta cumbre,
Elvira al despertar, su descuidado
cabello recogió con mucha calma,
y á tiempo de decir: “¿qué me ha pasado?”
de improviso exclamó: “¿madre de mi alma!”

IV

¡Su madre estaba allí triste y llorando!
Cuándo, madres benditas, decid cuándo

no velasteis solícitas la cuna
del hijo amado; cuándo en su agonía
ay! os dejó de contemplar la luna
como el fulgor de renaciente día!
Vosotras, madres, no lo sois tan sólo
del hijo ingrato que os devuelve en llanto
la vida que le dísteis, vuestro canto
y vuestro pecho maternal; vosotras
sois madres del *amor* que como llama
furente, el hielo universal inflama;
vosotras sois las madres del cariño
que germina frondoso,
ora en el pecho del malvado esposo,
ora en el alma de inocente niño.
Hijas vuestras también son las plegarias
que suben hasta Dios en raudo vuelo,
cuando en tiernas canciones solitarias
para nosotros demandáis el cielo.

V

Vaya una digresión que no me pesa!
y prosigo la historia de esta suerte:
—Dime, mi bien, te duele la cabeza?
preguntóle la madre.

—Estoy de muerte,
la joven respondió dando un suspiro,
remedo de las notas de un jilguero,
y cayendo en los brazos de la anciana,
cubrió de besos su cabeza cana
exclamando:—Por Dios, madre, me muero!
—Morirte de improviso!
respondió la mujer en un sollozo,
imposible, mi amor; ¡Dios poderoso,

mi niña no se va sin mi permiso !

Dí lo que tienes, prosiguió, yo quiero que vivas para mí, porque te adoro.

—Te aseguro por Dios que yo me muero de un mal que no se cura con el oro.

—¿ Me respondes al fin qué tienes, hija ?

—¿ No quieres que me aflija, repuso la muchacha exasperada,

al ver en este mundo cosas tales como eso de acosar cien animales

á una simple polluela enamorada ?

—Cuando pienso, mujer, si estarás loca !

—Loca de amor, lo sabes ?

—Muchacha del Señor, calla esa boca !

—¿ Quieres oírme el cuento de dos aves ?

—Ya te escucho.

—Pues bien, juntas nacieron

dos castas avécillas,

más tiernas y más blancas y sencillas

que el nido de algodón donde vivieron.

—Y en verdad, eran bellas,

la vieja interrumpió, tus avécitas ?

Respondió la muchacha :—Tan bonitas

que el vulgo las llamaba *las estrellas* ;

se amaban tanto, tanto,

cual las dos nos queremos, madre mía.

—No blasfemes, mujer, ave María !

¿ Sabes tú lo que dices, por Dios santo ?

—Pero escúchame madre : resolvieron

los padres de esas aves inocentes

separarlas al fin.

—Y cómo hicieron ?

—Casaron á la hembra con un rico

y el novio se murió.

—Malditas gentes !

la madre balbuceó, si no me explico cómo hay padres tan malos que tal hacen ; pues en cuestión de amores,

yo opino con los sabios y doctores :

cuando se aman dos almas, que se casen.

—Bravo ! muy bien ! así me gusta ! bello !

exclamó la muchacha como loca,

á la madre abrazando por el cuello

y estampándole besos en la boca.

—Pero explica, mujer, esa alegría

qué me quiere decir ?

—Lo que tú sabes :

que somos Juan y yo las tiernas aves

que se van á casar.

—Ave María !

la madre respondió, vas á casarte

con ese pobretón ? esa es la paga

que le das á mi amor ? antes querría

sentir mi corazón de parte á parte

cruzado sin piedad con una daga !

Y despidiendo llamas por los ojos,

se acercó hasta la puerta,

y gritó descorriendo los cerrojos

con débil voz y locución incierta :

—Há tiempo que á don Lucas el banquero

tu mano prometí, tú no lo ignoras ;

con él te casarás, pues yo lo quiero.

Veloce como el rayo

la vieja se marchó llena de ira,

sin notar que á los brazos del desmayo

tornaba al punto la infeliz Elvira.

CANTO SEXTO

I

Es un hecho notorio, se decía
en saliendo la anciana de la alcoba,
que en cuestiones de ciencia, la hija mía
es un libro empastado y yo una boba.
Preciso es que la ciencia de Arquímedes
posea esta rapaza de trece años,
para hacerme caer con sus engaños
como á vil pajarillo entre sus redes.
Hablando para sí de tal manera
volvió la madre al lado de su niña;
eso era natural, quién lo dudara!
La dió unos cuantos besos en la cara
para saldar las cuentas de la riña,
y después entre mimos y sonrojos
y risas juguetonas,
la preguntó enjugándose los ojos
y dándola otros besos: —Me perdonas?
Alzóse la muchacha de su lecho
y atrayendo á la anciana contra el pecho,
empezó á suspirar con tal encanto
que la madre, con grande desconcierto,
preguntó de improviso: —Luégo es cierto....?
Y Elvira respondió: —Le quiero tanto!..
Y siguió la chiquilla sin encono:
—con que quieres saber si te perdono?
ya lo vas á escuchar: si en adelante
no me hablas de banqueros, sino de esto:
de *Juan y Juan*, de Elvira y de su amante,
no te he de perdonar? pues por supuesto!

II

Fingiendo no entender la noble abuela
la gran proposición de la pilluela,
se puso á tararear con gran donaire
y ronca voz la antigua varsoviana,
y del canto saltó la pobre anciana
á levantar castillos en el aire:
—Vístete bien, le dijo á la chiquilla,
y nos vamos al campo á coger flores
y á comer unas uvas superiores
que existen del riachuelo por la orilla;
cuando tengas la tez color de rosa
y te hagas la *capul* y estés mudada,
te voy á regalar, niña preciosa...
á que no me adivinas qué nonada?
Se incorporó la joven con presteza,
y llevando á la sien su blanca mano,
estuvo meditando, y con sorpresa
exclamó de repente: —Pues un piano.
—Habrá proposición más divertida?
respondióle la madre, si no es eso;
lo que te voy á regalar, mi vida,
te lo doy de una vez; y la dió un beso.

III

Se quebraba los cascos la señora
buscando la manera más sencilla
de volver la salud á la chiquilla;
y en vano trabajó tres cuartos de hora,
ya parlando á la joven del paseo,
ya al asunto de amor dando otros giros,
cuando oyóse de pronto un aleteo

y un rumor de lamentos y suspiros ;
 alzó la niña su pequeña mano,
 describió de su lecho la cortina,
 y la vieja exclamó: —San Cayetano !
 y Elvira murmuró: —guay ! mi gallina !

IV

Radiante de hermosura y gallardía,
 la blanca cola al viento y encrespada,
 un tanto vergonzosa la mirada,
 ebúrneo el pecho y con la faz sombría ;
 entre mirar y no mirar incierta
 y de miedo exhalando yerto vaho,
 llegó la polla y se plantó en la puerta,
 ruborosa cantando : *cao ! cao !*
 La joven de tristeza y de alegría—
 que de todo sentía—
 por decir algo tuvo una ansia tanta
 al ver en casa á la novicia esposa,
 que anudada la lengua en su garganta
 no pudo balbucir ninguna cosa.
 Levantó la gallina su alba frente
 y contuvo el aliento,
 y luego penetró en el aposento
 con paso tardo y ademán valiente ;
 mas sintiendo un rubor inusitado,
 dió en curiosear los muebles y los trajes
 y en cambiar con Elvira de mirajes
 que ponían su rostro colorado.
 La joven desde el lecho, enmudecida,
 al ver al ave remudar de puestos,
 mil veces la llamó con tos fingida,

con guiñadas azules y con gestos ;
 mas no pudiendo contenerse tanto,
 saltó hasta el suelo y se abrazó del ave :
 lo que entrambas dijeron, Dios lo sabe ;
 pero hubo besos y explosión de llanto.
 La anciana contempló con embeleso
 aquella candorosa y tierna escena
 y quiso dar á la gallina un beso,
 empero la contuvo cierto acceso
 de respeto al dolor, y amarga pena.

V

—Vamos á ver, mi Blanca, dijo Elvira :
 eres feliz ? responde, ya te escucho.
 —Nunca supe decirte una mentira,
 el ave contestó ; feliz ? no mucho ;
 ay ! Elvira de mi alma, tú no sabes,
 prosiguió la gallina horrorizada,
 qué distancia se opone entre dos aves
 que del amor no rinden la jornada ;
 es el lecho glacial á quien lo anida,
 solitario, infernal cual los desiertos,
 y el beso que cuando es de amor, da vida,
 es el ósculo frío de dos muertos ;
 el alba matinal y sus fulgores
 nunca sus lampos de carmín ofrecen,
 no se siente el aliento de las flores,
 no se oyen complacer los ruseñores
 y el amor y la fe desaparecen.

VI

Reinó por un instante
 un profundo silencio, porque el lloro

de esos tres seres inundó el semblante.
 ¡ Dónde estará el tesoro
 para comprar la mezcla peregrina
 del llanto de una madre cariñosa,
 de una joven la lágrima piadosa
 y el lloro virginal de una gallina !

VII

—Yo quisiera contaros unas cosas ...
 prosiguió la pollita de improviso,
 pero son para mí tan ruborosas
 que de sólo pensarlas me horrorizo !
 La vieja y la muchacha se sonrieron,
 aquélla con malicia refinada,
 las mejillas de Elvira se tiñeron
 del color de la tinta colorada ;
 y yendo hacia la polla, que yacía
 en horrible temblor sobre una tabla,
 en acento muy quedo
 la dijo con valor :—No tengas miedo,
 vamos á ver esos secretos, habla !
 el ave vaciló ; bajo su frente
 un copioso torrente
 de sudor y de lágrimas corría ;
 acercaba su pico hacia el oído
 de la cándida Elvira, lo entreabría,
 y luégo lo cerraba enmudecido ;
 hasta que al fin con voz entrecortada
 empezó á murmurar algo tan grave,
 que la joven tembló como azogada,
 muy más blanca poniéndose que el ave.
 Y no fueron nonadas ni sandeces

los secretos de Blanca, porque Elvira,
 absorta de rubor como de ira,
 de repente gritó :—Jesús mil veces !
 arrojó á la gallina por el suelo,
 hizo llegar sus ayes hasta el cielo,
 abrió tánto los ojos y la boca
 y exhaló tan incierta vocería,
 que la vieja espantada se decía :
 —No lo puedo dudar, se ha vuelto loca.
 Repuesta la muchacha de improviso,
 intentó referir algo á la anciana :
 —Madre, exclamó llorando, no me atrevo ...
 y la vieja se rió con harta gana
 diciendo á media voz :—Blanca con huevo !

VIII

Al escuchar en boca de la gente,
 aquella ave inocente,
 el gran secreto de su nuevo estado,
 ardida de vergüenza huyó al instante
 á ocultar el rubor de su semblante
 tras algún gallinero abandonado.
 Elvira se metió como una muerta
 por una oculta puerta,
 y cayó ante el altar arrodillada,
 exclamando :—Piedad ! Virgen María !
 te ofrezco una azucena cada día
 con tal de que mi culpa sea lavada.
 ¡ Qué pensaba la vieja ? cualquier cosa :
 —A estas rapazuelas chiquitinas
 les parece cuestión escandalosa
 un lance tan común en las gallinas ;
 yo juzgo, meditaba, cosa nueva,

que existan todavía nietas de Eva
de tan vano cacumen,
que ignoren que los huevos en resumen
apenas son un simple complemento
del humano alimento.
Empero, no comprendo, se decía,
cómo es que una casada
se sienta como Blanca avergonzada
por aquello que á mí me envanecía.
La vieja atormentó su inteligencia
ya formando tal juicio, tal criterio,
y de pronto pensó con impaciencia :
“Me parece que doy con el misterio !...”
Exhaló desde el alma hondo sollozo
y rasgándose el pecho con las manos,
exclamó : —Pues si son unos tiranos
los que á Blanca le dan tan ruin esposo.
Transida y fatigada buscó el lecho,
llevando entre su pecho
grabado, con dolor, tal episodio ;
y se durmió diciendo : —Es un cinismo
pretender que se estimen en lo mismo
los frutos del amor que los del odio.

CANTO SÉPTIMO

I

Y de Elvira qué fué? que compartía
el tiempo entre el suspiro y la plegaria ;
gastaba por lo menos medio día
fabricando una inmensa luminaria
sobre el altar del oratorio santo ;
rezaba las novenas de costumbre,
y apagaba, durmiéndose, la lumbre,
del gallo del corral al primer canto.
Después de la oración se iba á su estancia
á releer con ansia
dos firmas autógrafas y mondas
de Juan su prometido,
las que se hallaban desteñidas y hondas
á fuerza de leerlas :
¡ cuántas veces el llanto habría corrido
sobre esas firmas desbordado en perlas !

II

Pasaron muchos días sin que al ave
se le volviese á ver en parte alguna,
pues todo el mundo sabe
que á todo el atrevido que se casa
de acíbar ó de miel le toca luna.
Y qué es un casamiento? —Pues algunos
no estiman el asunto muy complejo ;
consiste en lo siguiente : buscar unos
dos señoritos de contrario sexo ;
que el cura los bendiga, y con aplomo

mutuamente á quererse los exhorté;
 que el novio diga recio: quiero, tomo,
 y recibo á fulana por consorte;
 que en tono persuasivo
 responda la mujer: sí lo recibo;
 que en pagar los derechos no se tarden
 y el cura los reciba con anhelo,
 y que después los cónyuges se larguen
 á criar muchachos gordos para el cielo.

III

Volviendo á la heroína de mi cuento,
 oh! discreta lectora, es bien sabido
 que si se aman la esposa y el marido,
 es un sueño de amor un casamiento.
 Cuán bueno debe ser y cuán sabroso!
 (Pues acá para nos, lectora mía,
 tú puedes, si eres libre todavía,
 ser mi cara mitad y yo tu esposo);
 cuán bueno debe ser, sigo diciendo,
 atarse dos criaturas
 con las de amor eternas ligaduras;
 qué dulces emociones
 no habrán de recibir de dos que se aman,
 aquellos juveniles corazones
 que en las hogueras del amor se inflaman!
 La joven compañera,
 teniendo contra el pecho al novio preso,
 jugará con su crespa cabellera
 y en cada hebra dejará un beso;
 el novio aprisionado,
 fingiendo abrir los ojos con pereza,
 buscará con las manos la cabeza

de aquel sér adorado,
 y después de atraerla blandamente
 hasta sentirse ahogado en sus cabellos,
 le imprimirá de la pasión los sellos
 en el rostro, en los labios y en la frente.
 Empero, si no se aman los casados,
 yo he podido saber sin ser marido,
 que el seno del hogar es yerto nido
 de cachorros de tigre encadenados.

IV

Siguiendo á Blanca, pues, está probado
 que odiaba á su marido de tal suerte,
 que á no creer en Dios, por de contado
 se hubiera dado voluntaria muerte;
 pero siendo cristiana muy contrita,
 luchaba por no odiarlo,
 y tenía encumbrada á Santa Rita
 con el fin de lograr poder amarlo;
 mas á pesar de misas y de velas,
 y qué sé yo! de muchas bagatelas,
 como imparcial historiador, consagro
 que aunque de pedirle á aquella santa
 se le peló á la polla la garganta,
 realizarse jamás sintió el milagro.

V

Y á pesar de que el ave por instantes
 se sentía morir de acobardada,
 no obstante que su lánguida mirada
 ya no tenía el esplendor de enantes
 (pues acá para nos, quien me leyeres,

sin que lo llegue á trascender Elvira,
 —en reserva lo digo, oid mujeres!—
 á juzgar por la faz color de crema
 y la tos que es un síntoma muy grave,
 opino como autor de este poema
 que una tisis mortal padezca el ave).
 A pesar, lo repito, de esos males,
 de aquella languidez y cruel demencia,
 aquel sér atendiendo á su conciencia
 en medio de unas ansias infernales
 y evocando un valor desconocido,
 buscó un hueco apacible y solitario
 en donde fabricar ; como un santuario!
 con motas de algodón un santo nido.
 Debajo de un rosal de blancas flores
 que exhalaban balsámicos vapores,
 construyó la gallina con esmero
 un nido tan mullido y tan sabroso,
 que le valió un aplauso estruendoroso
 de la *crème de la crème* del gallinero.
 Construído aquel lecho sin segundo,
 empezó á contemplarlo la avecilla,
 y á pesar de creer que era del mundo
 por lo menos la octava maravilla,
 sintió ruborizarse,
 porque en fin, era Blanca muy altiva,
 y estuvo vacilante y reflexiva
 entre echarse ó no echarse.

VI

Qué pensaba aquel sér mudo y sombrío
 delante de su nido algodónado?
 Es un caso muy grave, lector mío,

que debes meditar si eres casado.
 Lo repito, es muy grave
 y no me sé explicar porqué vacila
 y medita y cavila
 junto á aquel nido virginal mi ave.
 Tal vez al corazón como á la mente
 de aquel sér inocente
 volvió la imagen de su amor primero,
 y recordó el instante en que al oído
 le murmuró á su joven prometido:
 “Tan sólo sabe Dios cuánto te quiero!”
 Tal vez de aquel amante cariñoso
 escuchara el reclamo y el sollozo
 llamándola perjura,
 y entonces apartando su mirada
 de aquel nido nupcial, dijese airada:
 —Si voy á calentarle, seré impura.

VII

Misterios del amor y la inocencia!
 verdades ignoradas de esos sabios
 que juzgan que el deber y la conciencia
 no pasan de los bordes de los labios;
 verdades del amor que aún se ignoran,
 secretos que explicarlos nadie sabe!
 ¡Quién pudiera saber lo que atesoran
 el nido, el corazón y el Dios de un ave!

VIII

Pensativa la polla, volvió al cielo
 sus ojos empapados por el llanto,
 tal vez solicitando algún consuelo

para tanto dolor; un clamor santo
se escapó de su pecho enardecido,
batió las alas en rumor sonoro,
lanzó un lamento y anegada en lloro
se desplomó sobre su casto nido.

Un silencio profundo
sucediose después, el raudo viento
suspendió de improviso su concento;
las aves trinadoras
dejaron de cantar en los rosales,
y las auras y brisas matinales
huyeron por los campos desertoras.
Yo no sé qué pensar de aquel misterio,
mas tengo para mí, débil criatura,
que siendo á la verdad el caso serio,
parece que natura,
poseída de un vértigo profundo,
al contemplar las aves que han tenido
que fabricar á su pesar su nido,
reclamáse el dolor en todo el mundo.

IX

El ave ruborosa y vacilante
—encendido en carmín su albo semblante—
de su lecho se alzó ... ¡mujeres, calma!
dejando aún caliente... pues, lectora,
me resisto á decir... me duele el alma.
¿Qué hacer en este trance...? bah! me atrevo:
lo que dejó tan grande pecadora
sobre ese nido de algodón, fué un huevo.

X

Contempló la gallina con espanto

el germen virginal de sus entrañas;
sintió sus ojos anegarse en llanto
y pasar por su sér cosas extrañas;
tenía por aquel prístino huevo,
en trance tan amargo,
mezcla de horror y mezcla de cariño;
no quería mirarlo, y sin embargo
ya sabía muy bien que era de armiño,
que se hallaba caliente todavía
y que á pesar de odiarlo,
si una mano falaz fuese á tocarlo,
de rabia y de dolor la mordería.
Sobre aquel corazón noble y sincero
se estableció una litis formidable:
esgrime el odio su cortante sable
y el amor maternal su hidalgo acero;
á ratos de su huevo enamorada
la gallina sintió tiernos accesos,
por mandarle una música de besos
en el casto fulgor de una mirada;
mas el odio, burlando los ensayos
del amor maternal, se alzaba airoso,
y en lugar de besar al huevo hermoso
la gallina quisiera enviarle rayos.
El odio triunfó al fin, de tal manera
que el ave se lanzó sobre su huevo
resuelta á aniquilarlo; cual la fiera
que se goza en su cebo,
llegó hasta él con ansia belicosa
en paso tardo y ánimo atrevido:
estuvo contemplándolo rabiosa,
pero de amor sintió tamaño acceso,
que á tiempo de quebrarlo sobre el nido

rodó por sus mejillas una lágrima
 y entonces le imprimió furtivo beso.
 —Imposible no amarlo!
 exclamó el ave de placer absorta
 en el acto supremo de besarlo;
 su padre, se decía, qué me importa!
 puede mi esposo causarme hastío
 y robarse mi fe, mi paz, mi calma;
 mas cómo puedo aborrecer, Dios mío,
 esta urna de nácar que atesora
 pedazos de mi sér, chispas de mi alma!

CANTO OCTAVO

I

Érase un día límpido y hermoso:
 un sol primaveral sobre los cielos
 colgado del cenit, esplendoroso;
 murmurios de los castos arroyuelos,
 preludios de los pájaros cantores,
 querellas de los céfiros errantes,
 y en los aires perfumes embriagantes
 lanzados por los bosques y las flores.
 Bajo aquel faro universal, la tierra,
 sobre la cual hay un rosal florido,
 en cuyo fondo, con pesar, se encierra
 un ave tiritando sobre un nido.
 Sobre ese nido hay alguien que solloza,
 que gime sin cesar de noche y día:
 es la sombra de un sér que en la agonía
 se viene á suspirar junto á su fosa.
 Miradla cómo se alza taciturna
 con débil planta sobre el caro nido,
 y contempla con rostro dolorido,
 en el fondo bendito de esa urna,
 doce huevos tan blancos, tan iguales
 y tan bien modelados y pulidos,
 que pudieran acaso ser vendidos
 por grandísimas perlas orientales.
 Pues sí, Blanca era ella!
 mas no el ave gentil, de las mejillas
 rosagantes y puras; no la bella
 pollita de patitas amarillas;
 no la dulce polluela

que logró enardecer mil corazones
 y que andaba en los tiempos de su escuela
 cual las damas de corte en los salones.
 La Blanca de esta hora,
 restándole tan sólo su pureza,
 más parece de un ave pecadora
 la sombra desertora
 que viniera á llorar sobre su huesa.
 Murieron ay! los ojos chispeantes
 que en concepto de sabios y viajeros
 parecían dos mágicos luceros
 con niñas esmaltadas de diamantes.
 Aquellos de otra edad ojos preciados
 giran hoy en sus órbitas hundidos:
 los que fueron diamantes encendidos
 son dos tristes carbones apagados.

II

Hay tres hechos, por cierto naturales,
 que labran en mí sér gran desencanto;
 que siendo para otros muy triviales,
 á mí me cuestan llanto.
 Es el primero que en la edad dichosa,
 la edad de la ilusión y los engaños,
 cometa la locura alguna hermosa
 de venirse á morir á los quince años;
 es el segundo (apelo á mis lectores,
 sea hombre ó mujer quien me leyere),
 que ignoro cómo hay gente que tolere
 que se marchiten las fragantes flores;
 el tercero, y más grave,
 el que suspiros de dolor me arranca,

es ver morir de consunción un ave
 tan gentil y bonita como Blanca.

III

Verdad, lectoras mías:
 había envejecido en doce días
 aquella joven ave.
 Desde el día fatal del casamiento
 la polla enmudeció, y aunque se sabe
 que el gallo su consorte
 obligóla á mudar temperamento
 y le dió una fricción de agua florida,
 es muy sabida cosa
 que no pudo mirar restablecida
 la salud quebrantada de su esposa.
 Así es que de repente
 empezó á comprender la alada *gente*
 que el caso era muy grave y apremiante;
 y sobró quien le diese una filípica
 al Rey del gallinero:—Gran tunante,
 le dijo cierto pollo, tú el primero
 responderás si Blanca muere tísica!
 Lo cierto es que la polla de su lecho
 alzarse ya no pudo,
 debido á que sentía dentro el pecho
 penas morales y dolor agudo;
 y además de la fiebre cotidiana,
 precisa en toda clueca,
 el ave, de la tarde á la mañana,
 tenía accesos de una tos muy seca.

IV

Hacía la infeliz cuanto en sus manos

estaba, por salir del postramiento,
y hasta el cielo elevaba su lamento
demandando salud, clamores vanos!
Los cielos no responden á las quejas
y súplicas dolientes
que exhalan los espíritus que lloran;
de esas almas enfermas é inocentes
los cielos condolidos se enamoran,
y se gozan en ver sus funerales
y en mirarlas cantando su victoria
junto al seno de Dios, y liberales
recibir las con palmas en la gloria.
El ave comprendió que era preciso
tornar á la mansión del paraíso,
y volviéndose á Dios, le dijo:—Padre!
ya no alberga calor mi seno muerto,
mira mi nido desolado y yerto,
conduélete de mí ¡ voy á ser madre!
Un helado sudor rodaba en gotas
por su rostro, á la vez que un *pío...! pío...!*
salía de aquel nido como notas
de músicas bajadas de los cielos:
el ave murmuró: son mis polluelos
que vienen ¡ ay! por su ración de frío!
y mordiéndose el pecho de alabastro,
—dame calor! clamaba, Dios eterno!
si no me lo devuelves, despiadada,
sin ver la luz mi cándida nidada,
morirá entre los hielos del invierno.
Un sol esplendoroso, incandescente
al punto alzó su frente
y calentó las aves de aquel nido;
entonces con acento melodioso

murmuraba aquel sér agradecido:
—Oh! Padre de los hombres generoso!
bendito seas tú que no te sacias
de mandarme, solícito, consuelos,
y elevando sus ojos á los cielos,
parecía decirles:—Muchas gracias.

V

Volviendo á la muchacha y á la anciana,
es el caso que Elvira una mañana
se apareció á su casa sin sentido
diciéndole á su madre:—Pues no sabes
que existe mucha alarma entre las aves
porque Blanca, mi hermana, se ha perdido?
Estimando la vieja el incidente
cosa muy natural, se sonreía;
como estaba en el *quid*,—seguramente
el ave no se pierde, se decía.
Tomando tal frialdad á gran ultraje,
faltó á la joven su aparente calma
y exclamó:—Mamacita de mi alma,
¿tú quieres que me muera de coraje?
¿En verdad no te inquietas
al saber que perdida está mi hermana?
y agarrada de un brazo de la anciana
gritaba repicando zapatetas.
—Pero dime, por Dios, clamó la abuela,
qué quieres tú que en su favor yo haga?
—Que vamos á buscarla por la loma;
ven, por piedad, que te daré una paga.
—Qué me vas á pagar?—Un beso, toma.
—Y porqué tanto empeño?
—Y tú me lo preguntas?

Porque si á Blanca le acomete el sueño de la muerte ; qué horror ! morimos juntas.
 —Muchacha del Señor, eso es pecado.
 —Que se muere, señora !
 —Pero dime, mujer, porqué has pensado que se pueda morir ? dílo, habladora !
 —Porque al llevar á Blanca al matrimonio, respondió la muchacha en un sollozo, se la dieron sus padres á un demonio en lugar de buscarla un buen esposo !
 —Acabarás, mujer, por confundirme, la anciana balbuceó, con tus enojos, y enclavando en la joven su mirada, al ver rodando el llanto de sus ojos, de repente quedó la pobre vieja cual la esposa de Lot, petrificada.

VI

Arrastraba la joven con gran celo á su madre por campos y collados ; ya ponía los gritos en el cielo, ya saltaba barrancos y vallados, y olvidando el cansancio por la ira, exclamaba con voz tierna y lozana :
 —Blanca ! no me oyes ? Blanca, soy tu hermana, la misma en cuerpo y alma, soy Elvira !
 La niña de repente se detuvo al llegar á los rosales, porque oyó unos concentos celestiales, un rumor melancólico y doliente, una especie de trinos de los cielos ; lo diré de una vez : un *pío...! pío...!*

que exhalaban ; qué horror ! doce polluelos en medio de los vértigos del frío.
 Hija y madre á la vez, arrebatadas por mano misteriosa, cayeron de improviso arrodilladas sobre aquel nido trasformado en fosa.
 Volvieron ambas la mirada incierta hacia el lecho infeliz, y sollozando, por salir del mutismo forcejeando, exclamaron á un tiempo :—muerta ! muerta !
 —Lo ves ? gritó la niña señalando el cadáver de Blanca sobre el lecho, y exclamó con acento de insensata :
 —Ven á mirar que la mató el despecho, ven á mirar que el desamor sí mata... !
 En un arranque de dolor la vieja balbuceó con acento cariñoso y besando á la joven en los labios :
 —Tu corazón elegirá tu esposo y mueran en mis besos tus agravios.

VII

La luna perezosa y desgredada alzó su faz por la desierta esfera y esparció su argentífera lumbrera sobre aquella tristísima nidada, la que al sentir los vértigos del frío, lanzó un clamor de llanto gemebundo, un rumor de orfandad, un *pío...! pío...!* capaz de hacer estremecer al mundo.
 Los cándidos polluelos en tierno són y desvalidas quejas,

parecían decir: Dios de los cielos,
¿ porqué sin madre y sin calor nos dejas?
Mas ese ángel de Elvira, enternecido,
empezó á recoger uno por uno
los yertos huerfanitos de aquel nido;
y del dolor en el amargo acceso,
no pudiendo estrechar con un abrazo
á cada pollo, le obsequiaba un beso
y lo echaba llorando en su regazo.

CONCLUSIÓN

I

Sobre un turbión de tintes de topacios
y entre charcas de sangre y marfilina,
el viejo sol con planta peregrina
perezoso se va por los espacios;
la somnolienta noche poco á poco
su faz eleva de su negra cuna
y comienza á gemir, mientras su foco
radiante enciende la risueña luna.
Todo en calma y en paz! por la maleza
ni el céfiro galante se resbala;
se aduerme el pajarillo, la cabeza
manteniendo escondida bajo el ala;
el torrente disuelve sus burbujas
y se arrastra, sonante, en las campiñas;
con la Virgen soñando están las niñas,
los muchachos soñando con las brujas.
La noche llega al fin, mas sorprendiendo

á la luz de un candil que va espirando,
á una anciana infeliz que está gimiendo
y á una niña gentil que está llorando.
El llanto al asomar sobre los ojos
de algún carácter especial se inviste:
si es el hombre quien llora, de sonrojos
y de negra vergüenza se reviste;
pero si es una hermosa
la persona que llora, nadie fíe
en que el llanto esté triste, porque es cosa
muy sabida que entonces baila y ríe;
mas la perla cruel que asoma y brilla
de una madre caduca en la mejilla,
parece que al rodar fuera diciendo:
yo del dolor me llevaré la palma;
salí del corazón y voy gimiendo
á consolar con mi virtud una alma.

II

De improviso la anciana de mi cuento,
transida de dolor y sentimiento,
acercóse á la joven, y de hinojos
postrándose la pobre como loca,
sacó un pañuelo y la enjugó los ojos;
é imprimiendo los labios en su boca,
la dijo de este modo:
—Si dejas de llorar, niña lozana
y abandonas el tedio y la tristeza,
por Dios que te daré muy de mañana....
¿á que no me adivinas qué sorpresa?
—No alcanzo á imaginar qué me preparas,
contestó la muchacha irresoluta;

es algo de comer? alguna fruta?

—Busca, chiquilla, entre las cosas raras.

—Unos lindos brillantes muy rebuenos?

—No te burles de mí, porque me choco.

—Una vaca parida?

—No, tampoco.

—Un caballo ensillado?

—Mucho menos.

—Pues no acierto, de veras,
dijo la niña con graciosa facha.

—Entre aquellas criaturas que más quieras
mi regalo; ¡por Dios! busca, muchacha.

—Si quizás será *él!* la zagaleja
gritó con un acento de extravismo.

—Pues quién había de ser? clamó la vieja,
tu futuro marido, ¡Juan! él mismo!

III

Desconcertada con tan gran suceso
cayó sobre los brazos de la anciana
la felice muchacha, y con un beso
orló su noble cabellera cana,
y exclamaba:—Dejad que de alegría
¡oh Dios! de dicha y de placer me embriague!
y abrazando á la vieja le decía:
—Madre del corazón, Dios te lo pague!

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001709629

Pura

De
Haver

Off
Haver

Off
Haver

For
Haver